



1

La primitiva comunidad

1 LA IGLESIA, UNA REALIDAD CLAVE

¿Qué sentido tiene, en un mundo secularizado como el nuestro, el estudiar a la iglesia? La singularidad de esta institución, tan admirada y criticada, sería ya un argumento. Puede decirse que es la asociación más antigua y que su importancia es tal que gran parte de la historia de la humanidad se volvería incomprensible si se pretendiera ignorar su existencia. Pero no se trata sólo del pasado: su presencia hoy es tan extensa e intensa en tantos ámbitos de la actividad humana, que algunos la han calificado como la multinacional más importante. Es la más poderosa religión del poderoso occidente.

Pero el cristiano tiene otras preguntas que hacer a la iglesia más allá de la mera curiosidad. Le interesa conocer no solamente cuál es su conexión histórica con Jesús de Nazaret, sino también hasta qué punto coinciden su mensaje y actitudes con las del Maestro, para situarse en ella de forma responsable y personal. Al mismo tiempo, la reflexión sobre el pasado será un modo eficaz de no caer en «dogmatismos» que contradicen el dato histórico, o de evitar el admitir como definitivas las características de la iglesia de una determinada época. En una sociedad de cambios rápidos como lo es la actual, le es necesario distinguir lo permanente y lo mudable de esta institución, de manera que no tenga una visión estática y uniforme de ella. El conocimiento, siquiera elemental, de su historia debe ser un elemento más que aumente el dinamismo permitiendo a la comunidad cristiana mantener una fidelidad creciente a lo que su Señor espera de ella en el aquí y el ahora. Se trata de vivir en una constante conversión a aquel que no vino a ser servido, sino a servir por encima de las teorías, formas y leyes que la misma iglesia se ha forjado.

2. EL NOMBRE

La palabra «iglesia» es, por su distinta aplicación en el curso de los siglos, un término ambiguo y complicado. En las lenguas germánicas (Kirche, church), procede del griego popular bizantino «kyriké», viniendo a significar «casa o familia del Señor». No viene de «curia», como pensaba Lutero, inclinándose por ello al uso del término «comunidad». En las lenguas románicas (iglesia, église, chiesa), se ha mantenido la dependencia directa de la palabra griega usada en el Nuevo Testamento, «ekkleisia», que designa la sesión actual de una asamblea del pueblo libre.

Pero lo decisivo del concepto ekklesia no es su etimología griega, sino el ser la traducción del hebreo «kahal» (asamblea convocada), palabra que viene

esencialmente determinada al añadirle «del Señor». No es iglesia el que algunos se reúnan en libertad, sino *el grupo que lo hace teniendo al Dios de Jesús como convocante y centro de la reunión*. Así se convierte este término profano en una noción religiosa que luego se entendería en sentido escatológico. Cuando la primitiva comunidad se denomina a sí misma iglesia, se está calificando como el nuevo y verdadero pueblo de Dios. Si no se adoptó el nombre de sinagoga, fue seguramente para indicar su libertad respecto a la ley de Moisés y la no necesidad de un número mínimo de componentes.

Las palabras reunión, congregación, comunidad, asamblea o fraternidad no son antagónicas, sino que completan la traducción de un término tan denso como lo es iglesia.

No más de dos veces, y ambas en Mateo, se emplea la palabra «iglesia» en los evangelios (Mt 16, 18, 18, 17). En el resto del Nuevo Testamento se usa tanto en singular como en plural.

3. JESUS Y LA IGLESIA

El reinado de Dios, objeto central del mensaje de Jesús, siguió siéndolo también en la predicación de los apóstoles, si bien con otras fórmulas. En ambas proclamaciones, tal como podemos ver las cosas hoy, no es posible ni la identificación ni la disociación entre la iglesia y el reino de Dios. La iglesia no es el reino, pero su finalidad es estar *al servicio de éste*. Pretende ser el ámbito donde Jesús sea realmente Señor y, en consecuencia, ser ella *germen y principio* de esa más amplia realidad futura y presente a la vez que es el reino.

Respecto a la forma concreta que ha de tener la iglesia-, es ilusorio querer deducir del mensaje de Jesús una constitución u ordenamiento concreto de la misma que sea ya cerrado y definitivo, pero sí que el Nuevo Testamento contiene elementos en que la naciente comunidad reconoce factores primerísimos de su ordenación. Ningún indicio nos permite pensar que las antiguas iglesias supiesen nada acerca de un tipo determinado de organización comunitaria que se pudiese atribuir a afirmaciones o normas procedentes de Jesús.

Los evangelios no informan de palabras dirigidas a los oyentes anunciando la fundación de una institución nueva, pero en estos escritos es claro que Jesús, mediante su predicación y su actividad, puso los fundamentos para la aparición de la iglesia postpascual. No una frase o un discurso, sino *todo el acontecer de Cristo, su persona misma, es el indiscutible fundamento de la iglesia*.

4. LAS FUENTES

Las únicas noticias sobre los primeros pasos de la iglesia las encontramos en los escritos del Nuevo Testamento que,

como es sabido, no tienen una finalidad preferentemente histórica, sino que tratan de animar la fe de las comunidades cristianas.

De entre todos estos escritos, el libro de los Hechos de los apóstoles es el que más se acerca a lo que nosotros entendemos hoy que debe ser una historia. Con la fuerte idealización que se suele poner al narrar el comienzo de todos los grandes movimientos sociales y con los estilos literarios propios de la época, Lucas nos describe cómo se difunde la predicación cristiana desde Jerusalén hasta Roma. En su relato son protagonistas, en una primera parte, Pedro (1-12), y en la segunda, Pablo y su misión entre los no judíos (13-28).

También las cartas de Pablo y, en general, todo el Nuevo Testamento nos da noticias de esa primera iglesia que fue a su vez autora de dichos escritos.

5. LOS ORIGENES

Algo tuvo que suceder para que la causa de Jesús no terminase en el calvario aquel abril del año 30. Sus seguidores, defraudados y llenos de miedo, se dispersaron, pero tras un breve período de tiempo volvieron a aparecer con una actitud radicalmente distinta. La experiencia pascual fue algo que los hizo cambiar de tal manera que no parecían los mismos. Un espíritu, como decían sus contemporáneos, se había adueñado de ellos. Ante su nueva postura, algunos comentaban: no lo hacen ellos, sino el (espíritu del) vino que llevan dentro; otros, sin embargo, creían por su testimonio y confesaban que era el Espíritu de Dios quien hablaba por sus bocas. Pentecostés había tenido lugar.

A partir de entonces, los discípulos comenzaron a pregonar: «Entérese bien todo Israel de que Dios ha constituido señor y mesías al mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis» (Hch 2, 36).

A esta predicación la llamará Pablo «Kerig-ma», palabra griega que designa la noticia que se pregonaba para que todo el mundo se enterara. También se le dará el nombre de «evangelio» o buena noticia.



El cenáculo en la actualidad.

En torno a la predicación de los apóstoles se fue formando y creciendo poco a poco una comunidad a la que

los judíos llamaron «secta de los nazarenos» y que externamente venía a ser un grupo más, aunque con características propias dentro de la pluralidad del judaísmo de aquel tiempo.

La mayor parte de los primeros cristianos era de Jerusalén, o al menos de Palestina. Hablaban arameo, su mentalidad era semita, leían la biblia en hebreo y, como es natural, se sentían muy arraigados en las tradiciones judías, sobre todo en cuanto a la sinagoga y el templo. Cumplían de forma estricta la ley de Moisés incluyendo desde luego la circuncisión. En lo visible, su conducta apenas se diferenciaba de otros judíos piadosos como los fariseos o los esenios. Su cultura era rural y su situación económica bastante baja. Estos *judeo-cristianos* (así se suele llamar a esta facción de la iglesia palestinense) eran muy bien vistos por el pueblo y en más de una ocasión fueron defendidos por los fariseos.

Pero había también un importante número de fieles que habían vivido en las colonias de judíos existentes en las grandes ciudades ribereñas del Mediterráneo. Hablaban griego común o koiné, su mentalidad era muy occidental, leían la biblia en griego y además tenían menos apego a la ley mosaica que los palestinos. Su estilo era urbano y su posición económica desahogada. A éstos se les conoce como *cristianos helenistas*.

La unión entre estos dos tipos de personas no presentó en un principio ningún tipo de problema. En las reuniones que celebraban en sus casas escuchaban la enseñanza de los apóstoles, practicaban la comunidad de bienes y celebraban la «fracción del pan», nombre con el que se conocía la asamblea eucarística. Pedro ocupaba un lugar preferente dentro de la comunidad y también destacaba Santiago, «el hermano del Señor». A ellos, junto con Juan, se les llama «columnas de la iglesia».

Pronto, sin embargo, surgió un conflicto. Seguramente las cosas sucedieron así: las sinagogas ejercían la beneficencia con los pobres mediante la «quppah» o «caja» en la que todos los judíos residentes depositaban una cantidad proporcional a sus ingresos. Con estos recursos, los encargados repartían lo necesario para que los pobres habituales de aquella sinagoga pudiesen comer dos veces al día. Cuando los presidentes de las sinagogas, quizás enfadados porque los cristianos helenistas no se portaban como buenos judíos, acordaron excluir de esta asistencia a los que confesaban que Jesús era el mesías, los cristianos tuvieron que montar su propio «servicio cotidiano» o «servicio a la mesa». Por causas que desconocemos, los helenistas se quejaron de que los judeo-cristianos no atendían bien a sus viudas.

Para solucionar el problema, los doce (para entonces ya había sido elegido Matías en sustitución de Judas) dotaron a los helenistas de una organización propia: siete varones se encargarían del servicio a la mesa y de otras funciones similares a las de los apóstoles.

6. PRIMERAS PERSECUCIONES

Tras la expulsión de la sinagoga, pronto empezaron las detenciones de las cabezas visibles de la iglesia. Gracias a la intervención de los fariseos, encabezados por Gamaliel, los detenidos fueron puestos en libertad después de ser azotados y de prohibirles enseñar en nombre de Jesús (Hch 5, 17s)

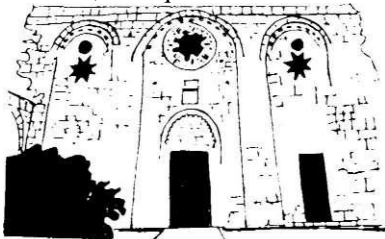
Fue hacia el año 34 cuando Esteban, uno de los siete helenistas elegidos para el servicio a la mesa, comenzó a predicar que la ley de Moisés había sido abrogada por Jesucristo. Saduceos y fariseos unidos apedrearon hasta la muerte al que consideraban blasfemo. Saulo de Tarso, el que después sería san Pablo, fue testigo de esta muerte y se convirtió en uno de los más fanáticos perseguidores de cristianos helenistas. Ninguno de los doce fue molestado en esta ocasión, pero los helenistas abandonaron Jerusalén. En su ausencia, los judeo-cristianos pasaron grandes apuros económicos y tuvieron que ser socorridos con limosnas de fuera.

Por el año 43, Herodes Agripa, para congraciarse con los judíos, dio muerte a Santiago, el hermano de Juan, y metió en la cárcel a Pedro, que logró huir. Así quedó al frente de la comunidad de judeo-cristianos Santiago, el hermano del Señor, que, alrededor del año 62, fue lapidado en medio de las protestas de los fariseos. En los años siguientes (66-70), los cristianos fueron perseguidos por no sumarse a la lucha contra los romanos y emigraron a Pella, al oriente del Jordán, aunque regresaron poco después. El año 135, terminó la segunda guerra judía y Adriano fundó la Aelia Capitolina, prohibiendo a los judíos la entrada en la ciudad.

A partir de este momento, encontramos una comunidad cristiana de origen pagano que tiene su sede en el Santo Sepulcro. También subsistió una comunidad judeo-cristiana en el barrio de Sión, al menos hasta el siglo IV. Las relaciones entre ambas parece que no fueron buenas. Pasado el tiempo, las sectas judeo-cristianas de Asia Menor, Siria, Irán, etc., desaparecieron. En buena medida, el nacimiento del islam se explica por el fracaso del cristianismo en esta cultura.

7. FUERA DE PALESTINA

En su huida, los helenistas no sólo extendieron el evangelio por Samaría, sino que también



Lugar de la primera iglesia local en Antioquia de Siria

predicaron a gentes no judías. Pero fue en Antioquia de Siria donde la conversión de paganos fue más abundante. Allí comenzaron a llamar «cristianos» a los seguidores de Jesús. La ciudad fue pronto un potente foco difusor del

evangelio. Allí era más fácil sacudirse el yugo de la ley mosaica, puesto que no se les podía imponer como ley civil. Para ellos estaba claro que no era necesario hacerse judío para ser cristiano.

El principal protagonista de la difusión del cristianismo a los no judíos fue Pablo de Tarso, un culto rabino fariseo, en otro tiempo perseguidor de cristianos. Después de su conversión en el camino de Damasco, fue aceptado por Pedro y Santiago, llegando a ser un personaje esencial en la marcha de la iglesia. En compañía de Bernabé y Juan Marcos, realizó varios viajes predicando y fundando comunidades.

Pablo fue el artífice de la inculturación del cristianismo en el mundo grecorromano. Hombre de principios teóricos renovadores y de normas prácticas acordes con el sistema social vigente, fundó iglesias en las ciudades más importantes y desde ellas se iban evangelizando las respectivas regiones. Su objetivo final era Roma. El cristianismo, que había comenzado como un movimiento de gente más bien pobre y en un medio rural, fue luego incorporando familias bien situadas económicamente y de mentalidad urbana. Esto supuso una moderación en la radicalidad cristiana de primera hora, pero convirtió al cristianismo en socialmente viable, poniendo las bases para que fuese una ideología universal, llegase a religión oficial del imperio, e incluso fuese la matriz cultural de Europa.

En la organización de las comunidades paulinas se asume como muy importante «la casa», célula básica de aquella sociedad, que abarcaba al cabeza de familia, mujer, hijos, criados, esclavos, propiedades y, eventualmente, hasta los huéspedes.

8. LA LIBERTAD QUE CRISTO NOS DIO

El problema de las relaciones con el judaísmo seguía sin solucionarse de forma clara. El que Pedro bautizase a un centurión romano ocasionó el disgusto de los judeocristianos que opinaban, contra la postura helenista, que era esencial cumplir la ley de Moisés. En el año 49, reunidas en Jerusalén las personas más representativas de la iglesia acordaron enviar a los fieles de Antioquia una carta en los siguientes términos: «Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna otra carga más que estas necesarias: que os abstengáis de las carnes inmoladas a los ídolos, de sangre, de lo ahogado y de la fornicación» (Hch 15, 28s).

Como puede verse, esto era un avance, pero la cuestión no quedaba zanjada. Un incidente posterior llevaría el tema hasta el final. Estando Pedro en Antioquia, se comportaba como no judío en comidas y costumbres, pero, al llegar a la ciudad un grupo de judeocristianos cambió de conducta por miedo a ellos; entonces Pablo se le enfrentó duramente (Gál 2, 14). A partir de entonces, quedó establecido que *ninguna norma judía era necesaria para ser cristiano*.

La solución del problema era importante no sólo para que fuese posible la convivencia de judíos y helenistas, sino porque estaba también en juego la persistencia del cristianismo como religión étnica judía, o la posibilidad de

convertirlo en un proyecto universal. Las normas de pureza ritual del Antiguo Testamento, la ley, no eran la causa de la salvación, sino la fe en Jesucristo. Esta ruptura con el judaísmo se facilitó todavía más con la destrucción de Jerusalén en el año 70 y con la toma de postura de la sinagoga misma.

Poco antes de la toma de Jerusalén, algunos fariseos se juntaron en Jamnia, al sur de Tel Aviv, para impulsar el judaísmo. Establecieron un calendario de fiestas único, uniformaron el culto de la sinagoga y fijaron el canon o lista de los libros del Antiguo Testamento. Mantuvieron sólo los libros escritos en hebreo, a pesar de que los judíos de Alejandría reconocían otros escritos en griego. Esta diferencia se observa también entre católicos y protestantes. Se prohibió a los cristianos participar en la plegaria judía y se introdujo una oración contra ellos.

Cuando Mateo ataca a los fariseos en su evangelio, hay que preguntarse si es Jesús quien habla o la comunidad cristiana de los años 80-90 que responde a los acuerdos de Jamnia, al mismo tiempo que resalta lo mejor de este fariseísmo.

9. PEDRO Y PABLO EN ROMA

Generalmente se piensa que Pedro y Pablo murieron en Roma en el año 64, quizá bajo la persecución de Nerón. La tradición atribuye a estos apóstoles la fundación de la iglesia

Aedícula de san Pedro

romana. No obstante, ya antes de su llegada había cristianos en la ciudad.

El primer testimonio de esta tradición lo encontramos en una carta de finales del siglo I (posiblemente el documento más antiguo de la literatura cristiana después del Nuevo Testamento), en la que un presbítero romano llamado Clemente escribe a la comunidad de Corinto. En ella los exhorta a imitar los ejemplos de Pedro y Pablo: «Miremos a los buenos apóstoles: a Pedro, que, por causa de un rigor injusto, hubo de soportar no una ni dos, sino muchas penas, y después de dar así su testimonio (martirio), pasó a la gloria que le correspondía».

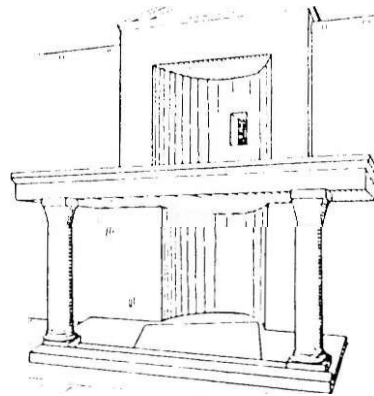
Clemente se ocupa más adelante de Pablo, y añade: «A estos dos varones, que llevaron una vida santa, les fue agregada una muchedumbre de elegidos, que por la insidia padecieron toda clase de tormentos y pruebas y llegaron a ser entre nosotros un ejemplo glorioso. Hubo mujeres que, perseguidas a causa de la insidia, padecieron tremendas y criminales torturas como Danai- des y Dirces, y así, aunque débiles en su cuerpo, hicieron impávidamente la carrera de la fe y alcanzaron el valioso premio merecido» (1 *Clem* 5, 1-4; 6, 1-2).

Esta descripción coincide con la que el historiador Tácito nos narra en sus *Anales* (15, 44, 2-5) cuando nos habla de la persecución de Nerón. Poco más tarde, Ignacio, obispo de Antio- quía, que por la importancia de esta comunidad podía estar bien enterado, escribe a los romanos y les dice: «Yo no os mando como Pedro y Pablo», suponiendo así que estos apóstoles fueron dirigentes de la iglesia de Roma (Ignacio Ant., *Rom.* 4, 3). También la *Ascensio Isaiae* (4, 2s) y el *Apocalipsis de Pedro*, ambos de comienzos del siglo II,

aluden a la muerte de Pedro en Roma. La tradición ha sido desde entonces constante y ninguna otra iglesia la ha pretendido para sí o la ha dudado.

Según el historiador Eusebio, hacia el año 200, un miembro ilustrado de la comunidad romana, llamado Gayo, dice en una polémica con los montañistas: «Pero yo puedo mostrar los "trofeos" de los apóstoles (Pedro y Pablo), pues si quieres acercarte al Vaticano o a la vía de Ostia, encontrarás allí los trofeos de aquellos que han fundado esta comunidad».

Las excavaciones realizadas en el subsuelo de la basílica de San Pedro del Vaticano (1940-1949) descubrieron



una necrópolis en la cual un nicho doble flanqueado por dos columnas, una aedícula sepulcral, resulta ser el monumento que los constructores de la basílica constantiniana consideraron clave para la orientación del nuevo edificio, a pesar de las dificultades que esto representaba. Sin embargo, los huesos de un anciano de complexión fuerte encontrados allí no se pueden identificar con los restos de san Pedro con un grado suficiente de seguridad. Lo importante para la fe no son desde luego sus huesos, sino su testimonio.

10. LA ORGANIZACIÓN EN LAS PRIMERAS IGLESIAS

Puesto que la distribución de funciones en un grupo es su respuesta a las resistencias que necesita vencer para conseguir sus fines peculiares, nadie debe esperar que el Nuevo Testamento ofrezca ya un modelo de organización eclesial perfectamente acabado y cerrado, entre otras causas porque las necesidades cambian con los tiempos y lugares.

Los diversos servicios, funciones y tareas se designan en la iglesia con el nombre genérico de *ministerio* (ministerium, servicio). Se puede decir que las primeras comunidades se sintieron libres para producir, bajo el impulso del Espíritu, los ministerios que en cada caso juzgaron convenientes, dadas las necesidades que se iban presentando. Por otra parte, es el Espíritu el que establece la organización, porque es él quien mueve en todos los aspectos a la comunidad. Se adopta lo que se cree adecuado para servir en el aquí y ahora a la causa de Jesús, y de este modo es el Señor quien edifica su iglesia. El es en todo momento la razón de su existencia, su fundamento, su cabeza y su motor. Por tanto, no es sobre todo el organigrama inicial lo que la iglesia de todos los

tiempos debe copiar, sino el espíritu primero que animó dicha organización y que la teología ha dado en llamar *apostolicidad*. Será imprescindible distinguir aquello que es inmutable, por ser esencial a la iglesia, de las diversas formas históricas cambiables.

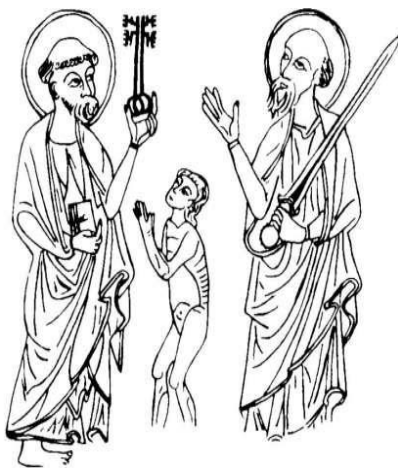
Conociendo también hasta qué punto el medio físico y social condiciona las formas de agrupación, es normal que en iglesias situadas en distintos medios culturales la organización no fuese uniforme.

También es preciso notar que, no siendo la comunidad cristiana un grupo dedicado al culto, en el sentido en que se entiende este término en las ciencias de la religión, ni los servicios ni las personas que los ejercen tienen un carácter sacral o religioso especial. A los ojos de las personas que los contemplan, los apóstoles son tan laicos como Jesús mismo. En la raíz de este hecho está el concepto cristiano de culto como cumplimiento de la voluntad del Dios solidario con los hombres y no como ritos ceremoniales ejercidos en lugares sagrados.

En las primeras comunidades se da una importancia primordial a los miembros que poseen unas cualidades personales (carismas) que, puestas al servicio de la comunidad, son interpretadas por ésta como dones gratuitos de Dios a su iglesia. Apóstoles, profetas, doctores, evangelistas, etc., que no son actividades directamente dirigentes ni tienen poder de jurisdicción, conforman una iglesia de condición carismática.

Una importancia que, todavía hoy, nos es difícil de calibrar tuvieron sobre todo, en un primer momento, aquellos que, abandonando literalmente todo (casa, familia, propiedades y oficio), practicaron el estilo de vida del Señor como predicadores ambulantes. Este llamado radicalismo itinerante se dio preferentemente en las zonas rurales palestinas y en él incluyen algunos autores a los apóstoles. Hubo también organizadores itinerantes de comunidades que actuaron principalmente en el mundo helenístico.

11. LA COMUNIDAD



Pedro y Pablo. Frontal de Tosas (s. XII). Museo de arte de Cataluña. Barcelona.

A la hora de enumerar los ministerios establecidos en las primeras iglesias, no debemos pasar por alto que se dan en un proceso de evolución. En la etapa apostólica, tanto en la iglesia de Jerusalén como en las de fundación paulina se pueden observar distintas fases: en Jerusalén encontramos diversidad entre los inicios y la época de Santiago; en las paulinas, la fase más carismática tiene características diferentes de la reflejada en las cartas pastorales. Será más adelante, cuando falten los apóstoles, el momento del episcopado monárquico o presidencia de uno solo.

La iglesia-madre de Jerusalén desarrolla su estructura en buena parte siguiendo el modelo de las instituciones judías. En un primer período, Pedro ocupa el puesto de preferencia. Las razones son difíciles de concretar, pero él encabeza las listas, está entre los tres que mantuvieron con Jesús una relación especial y a él se aparece primero el Señor resucitado. A su lado, como columnas de la iglesia, están Santiago y Juan.

Los «doce», número simbólico representativo del nuevo pueblo de Dios, constituyen el grupo de los testigos oficiales de la vida del Jesús pre-pascual y tienen por ello un importante peso específico.

Los presbíteros parecen derivados de los ancianos o senadores componentes del sanedrín que gobernaba al viejo Israel y destacan también en la orientación de la comunidad.

Los siete helenistas elegidos para el servicio a la mesa ejercieron igualmente el servicio a la palabra. Previamente habían recibido la imposición

de manos por parte de los apóstoles, rito conocido y usado en el judaísmo.

Después que los apóstoles más significativos abandonasen Jerusalén, Santiago, «el hermano del Señor», a quien llamaban el justo por su profunda piedad judía, quedó al frente de los judeocristianos. En este puesto le sucedió otro pariente de Jesús llamado Simeón.

Las iglesias fundadas por Pablo son comunidades en un principio más carismáticas, en las que, como en un organismo vivo, es importante que cada miembro cumpla su función. Así, se define a la iglesia como cuerpo de Cristo. Las dimensiones, casi domésticas, facilitaban la realización de los ideales de fraternidad y permitían prescindir de una rígida organización. Por supuesto que la ascendencia de Pablo sobre estas iglesias y sobre los que las presiden, ya fuesen cabezas de familia, obispos o diáconos, era total. La muerte del apóstol y el crecimiento numérico forzaron el proceso de institucionalización. La parte heredable del papel de Pablo pasó a los que presidían, es decir, a los colegios de presbíteros y obispos. Estos, cuya función parece que era idéntica, eran elegidos por la comunidad, que podía incluso destituirlos. Se exigían ciertas cualidades, como no haberse casado más de una vez y ser buenos padres de familia. Tras el rito de la imposición de manos y la oración, pasaban a formar parte del equipo que presidía la iglesia local. Desempeñaban funciones administrativas o

normativas y sobre todo cuidaban de conservar intacto el depósito de la fe o la «sana doctrina», es decir, lo predicado por los apóstoles (tradicón apostólica). Ellos eran quienes imponían las manos a otros, pero no consta que se reservaran la presidencia de la eucaristía ni el perdón de pecados. Así, los que presiden se destacan sobre otros servicios y carismas. Los pastores desplazan a los profetas.

Apenas comenzado el siglo II, ya tenemos noticias de que en Antioquía se introduce el episcopado monárquico como símbolo y garantía de la unidad de la iglesia frente a las herejías gnósticas sobre todo. El colegio de presbíteros pasa a ser el consejo del obispo. En cada iglesia local hay un solo obispo, que es quien normalmente preside la eucaristía.

Ignacio, obispo de Antioquía, que es la fuente por la que conocemos este importante cambio, exige siempre subordinación al obispo, pero no basa nunca esta necesidad en una organización de la iglesia impuesta por Dios, sino más bien en las cualidades espirituales de los obispos o en consideraciones especulativas (por ejemplo, comparación con las personas divinas). No es casualidad que el escrito aparezca en Roma, donde ya a finales del siglo I se había defendido en la *Carta de Clemente* la teoría de una determinada estructuración «querida por Dios».

En la polémica con los gnósticos se argumenta, para probar que la posición defendida es correcta, que es de origen apostólico, por lo cual las listas que prueben que el obispo de una iglesia empalma en cadena con los apóstoles son algo muy importante. La sucesión apostólica permitirá que en las diversas comunidades se enseñe lo mismo.

Pocos años después, hacia el año 215, en la obra titulada *Tradicón apostólica*, del presbítero romano Hipólito, se legitima la diferencia entre el clero y el resto de los fieles. Obispos, presbíteros y diáconos reciben, mediante la imposición de manos, un carisma o capacidad especial para realizar válidamente ciertas cosas. Son una clase escogida. Según Hipólito, los obispos reciben el «espíritu principal» para regir y enseñar al pueblo, para imponer las manos a otros y para todos los actos de culto. Los presbíteros reciben el «espíritu del consejo» y pueden hacer lo mismo que el obispo, excepto imponer las manos. Los diáconos reciben el «espíritu del celo», y su papel es servir al altar y a la comunidad como ayudantes del obispo. Esta obra de Hipólito es el primer ordenamiento de la iglesia que conocemos, del que dependen otros muchos como, por ejemplo, el titulado *Constituciones apostólicas* (a. 380)

A nivel de relaciones entre comunidades, existió la influencia e incluso el fuerte ascendente de unas sobre otras por razones como la fundación apostólica, la dependencia de origen, el prestigio, etc., pero no se puede hablar todavía de una estructura jurídica supracomunitaria. Sin embargo, la conciencia de no ser un grupo aislado sino una fraternidad perteneciente a la iglesia universal o católica está en todas las iglesias locales.

Ancora, peces y acróstico paleocristiano

12. CONSIDERACIONES SOBRE LA ORGANIZACION DE LAS COMUNIDADES CRISTIANAS PRIMITIVAS

(H. Jedin, *Atlas zur Kirchen Geschichte*).

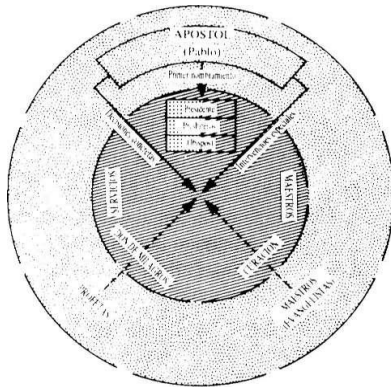
Los temas de los esquemas son, en parte, muy discutidos en la investigación, ya que en los resultados de estas investigaciones se refleja claramente en cada caso el punto de partida confesional de su autor. En estos tres esquemas se ha tratado de interpretar las afirmaciones de la biblia, igual que los escritos de Ignacio e Hipólito como documentos históricos.

Desde esta posición fundamental, no puede haber ninguna duda de que la «estructura» de la comunidad «se ha ido formando» como las otras instituciones. Por lo demás, tampoco han sabido nada las mismas comunidades antiguas acerca de una clara fijación de la organización de la comunidad que pudiera atribuirse a afirmaciones o normas precedentes de Jesús: en los escritos del Nuevo Testamento y en los padres apostólicos encontramos diferentes formas de concepción de las comunidades.

A diferencia de las comunidades paulinas, la comunidad de Jerusalén, por ejemplo, ha tenido desde muy pronto una clara constitución jerárquica con remate monárquico.

Los esquemas no deben ni pueden responder a otros problemas centrales de la discusión teológica, como el de si se ha dado una autoridad (poder, oficio, misión, etc.) establecida como tal por Jesús, o si los portadores de esa autoridad han recibido desde un principio una ordenación (consagración).





La comunidad de San Pablo

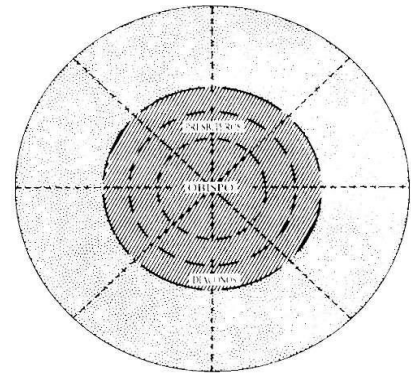
LA COMUNIDAD DE PABLO

Hay que distinguir entre los servicios de la comunidad y los servicios generales de la iglesia.

Dentro de la comunidad todavía no existe ninguna jerarquía, los distintos servicios están unos al lado de otros, aun cuando la dirección comienza a institucionalizarse y a ir pasando al primer plano. Pablo, según el relato de los Hechos de los apóstoles, ha implantado en las comunidades creadas por él los primeros presbíteros (mejor: obispos).

Las relaciones de Pablo con sus comunidades no se pueden fijar en términos jurídicos. Exige respeto a sus decisiones, así como respeta él mismo la libertad de las comunidades. La relación de Pablo con sus comunidades constituye uno de los puntos más controvertidos de la investigación del cristianismo primitivo. La posición que se ha tomado en los esquemas —que por otra parte recoge las informaciones de las cartas de Pablo y las de los Hechos de los apóstoles— reconoce ciertamente una relación especial de autoridad entre Pablo y las comunidades fundadas por él, pero renuncia a una interpretación jurídica o cuasijurídica de estas relaciones. Dado que el propio Pablo la ha precisado tan poco, su conducta puede explicarse en distinto sentido, como sucede actualmente.

Los otros dos esquemas son menos problemáticos.



Organización de la comunidad según San Ignacio de Antioquia (+ 117)

ORGANIZACION DE LA COMUNIDAD SEGUN IGNACIO DE ANTIOQUIA (+ 117)

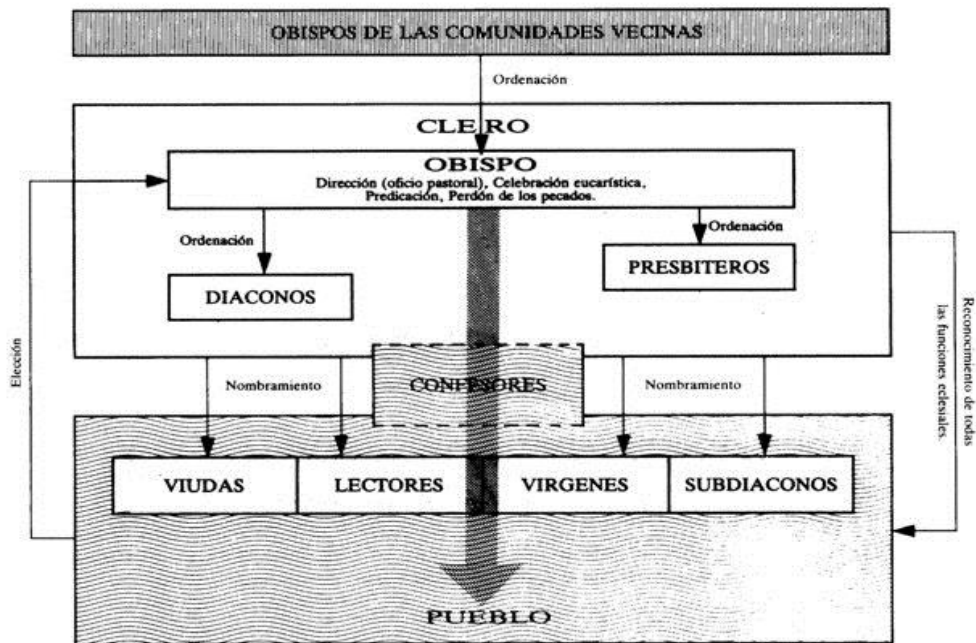
En Ignacio recibe la iglesia por primera vez un sentido «confesional»: se distingue de grupos cristianos que no se subordinan al obispo. El único garante de la eclesialidad y de toda la actividad eclesial es el obispo, en el que todas las acciones de la iglesia encuentran su centro.

La autoridad eclesial está claramente distribuida. En la cima está el obispo, aun cuando abundan en Ignacio las formulaciones que acentúan la unión existente entre el obispo, los presbíteros y los diáconos.

ORGANIZACION DE LA COMUNIDAD SEGUN HIPOLITO DE ROMA (ca. 200)

En Hipólito es ya clara la estructura de la comunidad tal como se ha impuesto definitivamente en la iglesia romana. El clero y el pueblo se

distinguen claramente uno de otro. El lazo de unión entre ambos lo constituyen los confesores que, cuando reciben la vocación para diáconos o presbíteros, no necesitan recibir la ordenación, porque poseen ya por su confesión la gracia que proporciona la ordenación.



Organización de la comunidad según Hipólito de Roma (c.a. 200).



13. EL MODELO INICIAL

Característica de la iglesia primitiva es su *multiformidad*. Es éste el período de la unidad en la variedad, o mejor del *pluralismo en común*. Diversidad en culturas, en formas de organización, en liturgias, etc. Así, cada iglesia puede ser prácticamente autónoma en su vida ordinaria.

Por otra parte, el pequeño número de componentes, su situación de minoría social, la alta personalización de su fe y la carencia de tradiciones heredadas que pudiesen fomentar la rutina permitan una vida de comunidad con la *participación responsable de todos*. Constituyan una sociedad organizada, pero de iguales, es decir, con un manifiesto *perfil horizontal*.

Las capacidades o carismas de cada uno se ponían al servicio del grupo sin excesivas normas ni estructuras previas. En todo caso, se buscaba el dar cauces a la vida comunitaria y no el constreñirla en una organización predeterminada. Creatividad y adaptabilidad son habituales en esta iglesia carismática en la que lo institucional ocupa el espacio mínimo indispensable.

En absoluto se puede entender de todo lo anterior que fuese una iglesia de perfectos o que careciese de problemas. El Nuevo Testamento nos atestigua la presencia de miembros

infieles a su Señor y nos da fe de una nada desdeñable cantidad de problemas.

Esta iglesia se entiende a sí misma como *misterio*, o sea, comunidad convocada por decisión misteriosa de Dios. Se realiza por la *koinonia* o comunión y por los dones del Espíritu. Sus principales afirmaciones bíblicas sobre su propio ser se completan con otras sacadas de la cultura en que vive. Se ve a sí misma, por ejemplo, como *nuevo pueblo de Dios en camino hacia el reino* («nosotros somos la iglesia»), como cuerpo cuya cabeza es Cristo, o como templo de Dios (pues los edificios de culto cristiano no reciben hasta el siglo V el nombre de casa de Dios, resaltándose la comunidad como su auténtica morada). Comunión de los santos, esposa de Cristo, casta meretriz deseosa de dar gusto a su Señor, madre fuente de vida y otras menos usadas son imágenes de origen bíblico. Procedencia no bíblica tiene la comparación llamada «*mysterium lunae*» indicando que la luz que despiden la iglesia no es propia, sino reflejada de Cristo sol. La nave de Pedro desde la que Jesús predica o cuyo timón lleva es de las más frecuentes en las representaciones plásticas.

30 Muerte de Jesús. Pascua. Pentecostés. Formación de comunidades.
34 Lapidación de Esteban. Los helenistas abandonan Judea.
36 Conversión de Pablo.
37 Florece la iglesia en Antioquía de Siria. Bernabé y Pablo.
43 Agripa ejecuta a Santiago el mayor y encarcela a Pedro.
46-48 Primer viaje misionero de Pablo: Chipre, Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra, Derbe.
49 Asamblea de Jerusalén.
50-52 Segundo viaje de Pablo: Asia Menor, Filipos, Tesalónica, Atenas, Corinto. 1.ª y 2.ª *Tesalonicenses*.
53-58 Tercer viaje de Pablo: Efeso, Filipos, Tesalónica, Corinto, *Filipenses*, 1.ª y 2.ª *Corintios*, *Gálatas* y *Romanos*.
58-60 Detención de Pablo (preso en Cesarea, es trasladado a Roma).
61-63 Prisión de Pablo en Roma.
Colosenses, *Efesios* y *Filemón*.
62 Lapidación de Santiago el menor.
64 Incendio de Roma. Muere Pedro.
65 Cartas a *Timoteo* y *Tito* (pastorales).
66 Los cristianos de Jerusalén huyen a Pella.
67 Carta 2.ª a *Timoteo*. Pablo decapitado.
70 Destrucción del templo de Jerusalén. Jamnia. Los judeocristianos se dispersan.

81-96 Persecuciones de Domiciano en Asia Menor. Juan deportado a Patmos. *Apocalipsis*.
98-117 Martirio de Ignacio de Antioquía. Persecuciones locales bajo Trajano. *Didajé* o Doctrina de los apóstoles. *Pastor* de Hermas.
107 Martirio de Simeón, obispo de Jerusalén.
135 Fundación de Aelia Capitolina.
145 Apología de Justino.
61-180 Persecuciones de Marco Aurelio. Ireneo de Lyon. Clemente de Alejandría y Orígenes. Tertuliano de Cartago.
202 Persecución de Septimio Severo.
215 Hipólito de Roma.
254 Carta al sínodo de Cartago de
202 Persecución de Septimio Severo.
215 Hipólito de Roma.
254 Carta al sínodo de Cartago de algunas iglesias de Hispania.
250 Persecución de Decio.
260 Paz de Galieno.
303 Persecución de Diocleciano. Mártires españoles.
306 Sínodo de Elvira.
313 Edicto de Milán.



BIBLIOGRAFIA

- Hans Kiing, *La iglesia*. Herder, Barcelona 1968, 100- 128.
E. Schweizer, *La iglesia primitiva, medio ambiente, organización y culto*. Sígueme, Salamanca 1974, 1-82.
Equipo «Cahiers Evangile», *Los hechos de los apóstoles*. Verbo Divino, Estella 1982.
J. Comby, *Para leer la historia de la iglesia*. Verbo Divino, Estella 1986.
J. L. Sicre Díaz, *Jesús y la iglesia*. S. M., Madrid 1983, 42 p.
J. Mateos, *La comunidad cristiana en el Nuevo Testamento*. Teología popular, Granada 1985.
R. Aguirre Monasterio, *La iglesia del Nuevo Testamento y preconstantiniana*. S. M., Madrid 1983, 45 p.
G. E. Wright, *Arqueología bíblica*. Cristiandad, Madrid 1975, 392-395.
Kirschbaum - Junyent - Vives, *La tumba de san Pedro*. BAC, Madrid 1954.
H. Jedin, *Manual de historia de la iglesia*, I. Herder, Barcelona 1966, 189-192.
J. M. Castillo Sánchez, *Los ministerios en la iglesia*. S. M., Madrid 1983, 60 p.
R. Velasco Martínez, *Iglesia carismática y lo institucional en la iglesia*. S. M., Madrid 1983, 60 p.
Leipoldt-Grundmann, *El mundo del Nuevo Testamento*. Cristiandad, Madrid 1973, I, 433-492. Historia y mensaje del cristianismo primitivo en su contorno religioso.
G. Theissen, *Estudios de sociología del cristianismo primitivo*. Sígueme, Salamanca 1985.
J. H. Fries, *Cambios en la imagen de la iglesia y desarrollo histórico-dogmático*, en *Mysterium salutis*, IV/1, 231-244. Cristiandad, Madrid 1973. J. Losada, *Distintas imágenes de la iglesia*. S. M., Madrid 1983, 58 p.
J. M. González Ruiz, *Modelos de iglesia en el Nuevo Testamento*. «Vida Nueva», n. 1414 (1984).
J. Losada, *Eclesiología*, en *Teología sistemática en el ciclo institucional*, II. Comillas, Madrid 1978.
J. M. Rovira Belloso, *La iglesia realizada como auténtica comunidad*: «Selecciones de Teología», n. 73.
A. Dulles, *Modelos de iglesia*. Sal Terrae, Santander 1975.

AUDIOVISUALES

- Hechos de los apóstoles*. Edebé-CCS, carpetas 0, 1 y 2.
Pedro y Pablo. Hechos de los apóstoles. Paulinas, 149'1 s/8 mm.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

A. HISTORIA DE LA IGLESIA

- Llorca-G. Villoslada-Montalbán, *Historia de la iglesia*. BAC, Madrid 1976, 4 v.
J. Lortz, *Historia de la iglesia*. En la perspectiva de la (historia del pensamiento. Cristiandad, Madrid 1982, 2 v.
Varios, *Nueva historia de la iglesia*. Cristiandad, Madrid 1982, 5v.
H. Jedin, *Manual de historia de la iglesia*. Herder, Barcelona 1965, 9 v
Varios, 2.000 años de cristianismo. La aventura cristiana entre el pasado y el futuro. Sedmay, Madrid 1979.
G. Martina, *La iglesia, de Lutero a nuestros días*. Cristiandad, Madrid 1974, 4 v.
Varios, *Historia de la iglesia*. Edicep, Valencia 1975, 30 v. y suplementos.
R. García Villoslada, *Historia de la iglesia católica*. Guadarrama, Madrid 1953.
Ph. Hughes, *Síntesis de historia de la iglesia*. Herder, Barcelona 1984.
L. Hertling, *Historia de la iglesia*. Herder, Barcelona 1964.
F. Martín Hernández, *La iglesia en la historia*. Atenas, Madrid 1984, 2 v.
J. M. Laboa, *La larga marcha de la iglesia*. Atenas, Madrid 1985.
R. García Villoslada, *Historia de la iglesia en España*. BAC, Madrid 1979, 7 v.
Historia del mundo. Salvat, Barcelona 1969, 10 v. »

B. ECLESIOLOGÍA

- H. Küng, *La iglesia*. Herder, Barcelona 1968.
P. Faynel, *La iglesia*. Herder, Barcelona 1982, 2 v.
I. Riudor, *Iglesia de Dios, iglesia de los hombres*. Sal Terrae, Santander 1972, 2 v.
J. J. Hernández Alonso, *La nueva creación*. Sígueme, Salamanca 1976.
J. A. Estrada, *La iglesia ¿institución o carisma? Sígueme, Salamanca 1984*.
R. Blázquez, *Jesús sí, la iglesia también*. Sígueme, Salamanca 1983.
J. I. González Faus, *La humanidad nueva*. Sal Terrae, Santander 1984.
S. J. Losada, *La iglesia real*. Las imágenes históricas de la iglesia (Dossier 6. Ceniec). Edice, Madrid 1979.

C. ENCICLOPEDIAS Y DICCIONARIOS

- Enciclopedia teológica *Mysterium salutis*. Cristiandad, Madrid 1973, 5 tomos en 6 v.
Enciclopedia teológica *Sacramentum mundi*. Herder, Barcelona 1976, 6 v.
H. Fries, *Conceptos fundamentales de teología*. Cristiandad, Madrid 1979.
Diccionario teológico interdisciplinar. Sígueme, Salamanca 1983, 4 v.
Nuevo diccionario de teología. Cristiandad, Madrid 1982, 2 v.



ACTIVIDADES

A. Para una toma de contacto con el tema, previa a su estudio

1. Cada uno escribirá en una octavilla las tres primeras imágenes que le vengan a la mente al oír la palabra «iglesia». Se trata de averiguar el concepto de iglesia predominante en la clase. En la puesta en común (en el encerado) se pueden agrupar en columnas las palabras referentes a personas, cosas, relaciones humanas, alabanzas, críticas, etc. Por deducción, podremos comprobar si predomina la idea de jerarquía, de comunidad u otras.
2. Brainstorming o lluvia de ideas sobre «lo que te parece positivo o negativo en la iglesia y por qué». Conclusiones.
3. Diálogo, previa contestación por escrito a las siguientes preguntas: ¿Qué interés tiene para ti un conocimiento mejor de la iglesia, su historia y sus ritos? ¿Qué poder real crees que tiene la iglesia hoy? ¿Cómo querías tú que fuese la iglesia?

B. Para la comprensión del texto

1. Copiar de un diccionario ideológico el significado de las siguientes palabras: fundar, institución, ordenamiento, constitución, estructura, organigrama.
2. Plasmar en dibujos simbólicos simples la idea contenida en cada una de estas palabras: reunión, congregación, estructura, asamblea, fraternidad.
3. Presentar al profesor de griego la siguiente lista para que, por favor, nos aclare el significado etimológico de: carisma, monárquico, iglesia, evangelio, eucaristía, helenistas, kerigma, obispo, diácono, presbítero, Cristo.
4. A la vista del texto, contestar a las siguientes preguntas: ¿Qué relación existe entre Jesús, el reino de Dios y la iglesia? ¿Qué significa la palabra iglesia? ¿En qué documentos se nos dan noticias sobre sus orígenes? Describe los principales episodios de la primera comunidad. ¿Cuáles fueron las relaciones de los primeros cristianos con el judaísmo? ¿Qué sabemos de la estancia de Pedro y Pablo en Roma? ¿Cómo era la organización de las primeras comunidades? ¿Qué características más notorias tenía esta primera iglesia?

C. Para asimilar y expresar los contenidos

1. A las preguntas de la actividad anterior dar por escrito una «respuesta-telegrama».
2. Con el texto a la vista, copiarlo, pero cambiando los sustantivos y adjetivos, es decir, no usando los nombres comunes o calificativos que el autor emplee en ese caso, sino otros del mismo significado. Se trata de cambiar las palabras sin perder la idea fundamental.

D. Para relacionar con la vida o reflexionar de forma crítica

1. Averiguar y poner por escrito la palabra iglesia en, al menos, tres lenguas germánicas, tres románicas y tres que se hablen en el Estado español.
2. Informarse de la organización y actividades de la propia parroquia.
3. Durante la semana, coleccionar todos los recortes de prensa que tengan como tema la iglesia. Si el número es suficiente, puede comentarse la imagen de iglesia que se da a través de la lectura de todos ellos.
4. Lista, lo más completa posible, sobre las parroquias de la capital de nuestra provincia. Añádase también el nombre, apellidos y procedencia del obispo.

E. Para trabajo en equipo.

Dividirse el trabajo para confeccionar una lista de obras sociales dependientes de la iglesia. Comentar los resultados (áreas más frecuentes de dedicación, barrios más beneficiados, etc.).

F. Manualidades

Montaje de un discoforum con la canción «La casa de mi amigo». Puede ilustrarse con la proyección simultánea de «diapositivas» confeccionadas con papel transparente y pintadas con motivos referentes a la letra de la canción.

Casete: *El profeta*, de Ricardo Cantalapiedra. Pax musicassettes, PPC 040CT1043.

La casa de mi amigo

La casa de mi Amigo no era grande;
su casa era pequeña.
En la casa de mi Amigo había alegría;
y flores en la puerta.
A todos ayudaba en sus trabajos;
sus obras eran rectas.
Mi Amigo nunca quiso mal a nadie;
llevaba nuestras penas.
Mi Amigo nunca tuvo nada suyo;
sus cosas eran nuestras.
La hacienda de mi Amigo era la vida;
amor era su hacienda.
Algunos no quisieron a mi Amigo;
le echaron de la tierra.
Su ausencia la lloraron los humildes;
penosa fue su ausencia.
La casa de mi Amigo se hizo grande;
y entraba gente en ella.
En casa de mi Amigo entraron leyes,
y normas y condenas.
La casa se llenó de negociantes,
corrieron las monedas.
La casa de mi Amigo está muy limpia,
pero hace frío en ella.
Ya no canta el canario en la mañana,
ni hay flores en la puerta.
Y han hecho de la casa de mi Amigo
una oscura caverna,
donde nadie se quiere ni se ayuda,
donde no hay primavera.
Nos fuimos de la casa de mi Amigo,
en busca de sus huellas.
Y ya estamos viviendo en otra casa:
una casa pequeña,
donde se come el pan y bebe el vino
sin leyes ni comedias.
Y ya hemos encontrado a nuestro Amigo,
y seguimos sus huellas,
y seguimos sus huellas.



PARA SEGUIRLE

Pistas de reflexión

- Distinguir qué momentos se proponen en la canción.
- Encontrar alguna relación en esta canción con el tema trabajado.
- ¿Cuál es la crítica fundamental que se hace respecto a la iglesia?: ¿estáis de acuerdo?
- ¿Conocéis alguna sociedad implacablemente fiel a sus ideales?
- ¿Qué personas perfectas conocéis?
- ¿Qué intención les movía? ¿Y nosotros?
- ¿Puede ser la crítica una excusa para muchos de nosotros?
- ¿Puede ser la crítica un motor de arranque y de acicate en la construcción de una iglesia joven, una parroquia joven... en nuestro caso?

Quiero pertenecer a la iglesia no por haber nacido en un país y en una familia de católicos, ni siquiera porque esté siempre de acuerdo con las posturas de los obispos, sino porque creo en Jesús de Nazaret y estoy decidido a seguirle.

Entiendo que mi pertenencia a la iglesia no debe ser algo heredado, sino algo vivo y personal que me sale de dentro.

Confío en que, junto con otros que tienen mi misma ilusión, conseguiré conocer mejor a Jesús y seré capaz de seguirle más adecuadamente en medio de las circunstancias y problemas del mundo de hoy.

Pienso que esta decisión mía es fruto del Espíritu de Jesús que me empuja a tener las mismas metas, los mismos fines y el mismo estilo que tuvo el Maestro.

No me gustaría que formásemos un grupo «estufa» donde todos nos encontremos muy bien, pero cerrados en nuestros particulares y cortos horizontes. Debemos ser un grupo para los demás.

Espero que nos conozcamos, nos queramos de verdad y nos ayudemos en todo, principalmente apoyándonos para vivir más consecuentemente nuestra fe. Reunimos, comunicarnos, reflexionar, celebrar y rezar, pero, ante todo, trabajar, hacer algo, vivir, ser para los demás como él lo fue.

Prefiero el hacer al criticar, responsabilizarme al obedecer, vivir con espontaneidad e ilusión huyendo de toda rutina.

Ya sé que todo esto no siempre es fácil pero en esta dirección estoy decidido a caminar. Tú, Señor, y mis compañeros en la fe seréis mi fuerza.

Para mí este es el sentido de mi confirmación.

LECTURAS

- M. Sotomayor Muro, *Reflexiones para una visión panorámica de la historia de la iglesia*. S. M., Madrid j 1983, 60 p.
- A. Fierro, *El hecho religioso* (Temas Clave, 20). Salvat, Barcelona 1981, c. 19.
- J. Drane, *La vida de la primitiva iglesia*. Verbo Divino, Estella 1986.
- A. Hamman, *La vida cotidiana de los primeros cristia- j nos*. Palabra, Madrid 1985.
- K. Kautsky, *Orígenes y fundamentos del cristianismo*. | Sigüeme, Salamanca 1974.
- Concilio Vaticano II, *Lumen gentium y Gaudium etsydes*.
- F. Fürstenberg, *Sociología de la religión*. Sigüeme, Salamanca 1976.
- «Concilium»: *La intervención de la comunidad en las decisiones de la iglesia* (n. 77, 1972); *Los ministerios en la iglesia* (n. 80, 1972); *La iglesia como institución* (n. 91, 1974); *¿Quién tiene la palabra en la iglesia?* (n. 168, 1981); *El magisterio de los creyentes* (n. 200, 1985); *¿Partidos en la iglesia? Necesidad y límites del pluralismo* (n. 88, 1973).
- L. Boff, *Eclesiología*. Sal Terrae, Santander 1984.
- J. I. González Faus, *La libertad en la iglesia y en la teología*. Sal Terrae, Santander 1985.
- J. M. Castillo, *La iglesia y el evangelio*. Teología popular, Granada 1985.
- C. Zanchettin, *La iglesia interpelada*. Sal Terrae, Santander 1978.
- A. Alonso, *Tres preguntas a la iglesia*. Paulinas, Madrid 1978.
- G. Lohfink, *¿Fundó Jesús una iglesia?*: «Selecciones de Teología», n. 87 (1983).
- G. Lorenzo, *Una iglesia democrática*. DDB, Bilbao 1985.
- «Imágenes de la fe», n. 100, 126 y 200.

AUDIOVISUALES

- La cordada*. Paulinas, 58 diapositivas. 10' 15".
- La otra carrera*. Paulinas, 48 diapositivas. 8' 10"

PARA LA REFLEXIÓN DE FE

A. Acercamiento al tema

¿Hasta qué punto he personalizado mi fe? Mi pertenencia a un grupo vivo de fe, ¿la creo imprescindible, conveniente o accidental? ¿Qué apporto yo al grupo? ¿Qué he recibido del grupo?

B. Comunicación colectiva

1. Juntos juzgamos nuestro grupo: ¿Qué hemos conseguido? ¿Por qué? ¿Qué cosas no funcionan? ¿Por qué?
2. Evaluamos el grupo, calificando de 1 a 10 la amistad, la comunicación, la reflexión, la formación, la oración y la acción.

C. A la luz de la palabra

Ef 4, 1-6: La causa de nuestro grupo es Jesús.

3 Jn 1, 13-15: Saludos a los amigos.

1 Cor 12, 12-26: Como miembros de un mismo cuerpo.

Sant 1, 22-25: Obradores de la palabra, no sólo habladores.

Sant 2, 14-19: Una fe viva, no teórica.

D. Para la oración

Esto te decimos, Dios, amigo nuestro

Dios, amigo nuestro, así te decimos: Danos entusiasmo para buscar la verdad donde se encuentre. Danos resignación para aceptar nuestras propias limitaciones. Danos coraje para luchar cuando todo nos salga mal. Danos lucidez para admitir la verdad sin que nadie nos la imponga. Danos fuerza para preferir lo difícil a lo fácil. Danos valor para rechazar lo vulgar y lo rastroso. Danos valentía para luchar contra nuestra apatía y desgana. Esto te decimos, Dios, amigo nuestro.

Anónimo

- Muchas de estas poesías se encuentran en *Gritos y plegarias*, de P. Loidi - M Regal. DDB, Bilbao 1982.



*Jesús lava los pies a Pedro.
Fresco de San Pellegrino en Bommaco (s. XIII)*